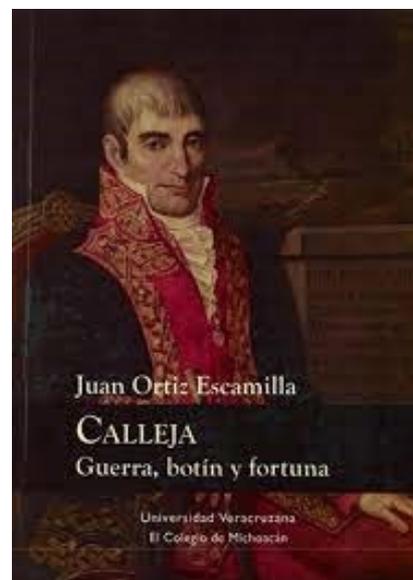


Juan ORTIZ ESCAMILLA: Calleja. *Guerra, botín y fortuna*,
 Col·lecció Amèrica, 39, Castelló de la Plana, Publicacions de la
 Universitat Jaume I, Servei de Comunicació i Publicacions,
 2019, 264 pp. ISBN 978-84-17429-80-5.

Iliria Olimpia Flores Carreño
Universidad Autónoma de Querétaro

Félix María Calleja: una trayectoria político-militar capital para entender México y España en el siglo XIX

Dos años después de impreso por primera vez el texto *Calleja. Guerra, botín y fortuna*, de Juan Ortiz, vuelve a publicarse. Esta vez es en tierras valencianas, las mismas que vieron morir al personaje que da razón de ser a esta obra. En este sentido, en el difícil mundo de la distribución y difusión bibliográfica, en el cual las probabilidades de que nuestros trabajos se conozcan fuera de nuestras respectivas fronteras nacionales son mínimas, fue una decisión acertada la de publicar desde España, no la vida, sino los efectos de una vida como la de Félix María Calleja en la historia mexicana. Este, además, como nos cuenta Ortiz, volvió a España y alcanzó a integrarse en los últimos años antes de su muerte en el selecto grupo de grandes propietarios valencianos y dejar a su familia con riquezas por generaciones. Es así que la Universitat Jaume I pone en prensa este libro, con los comentarios introductorios de Juan Marchena, de Jorge Catalá y de Manuel Chust.



Para tratar de aproximarnos a este texto es necesario no perder de vista uno de los trabajos más importantes de Ortiz, a saber, *Guerra y gobierno: los pueblos y la independencia de México*, publicado en 1997 y reimpresso en 2014. Las razones se encuentran en las diversas miradas que aporta de los mismos hechos pero desde diferentes perspectivas. Con otras herramientas y con nuevos enfoques, Juan Ortiz logra llevarnos de ida y vuelta entre el pueblo y los grandes personajes, con los calificativos que se prefieran. Es un ejercicio modélico.

En la introducción, más que hacer justicia a su propio trabajo, Juan Ortiz abre las posibilidades para las nuevas investigaciones que desde la propuesta de la historia

biográfica puedan marcar el camino para posteriores trabajos con la finalidad de proyectar, enaltecer o disminuir el valor de las decisiones de cada persona en la amalgama del devenir histórico. Además, es un sucinto pero excepcional repaso acerca de la historiografía de la independencia mexicana y sus diferentes momentos en el transcurso de estos dos siglos.

En cuatro capítulos Ortiz ofrece un paseo por los inicios de Calleja como militar, su consolidación y acciones ante la insurgencia novohispana, su periodo militar y su extrañamiento de vuelta a la Península Ibérica. De este modo, hace coincidir a la historiografía de las guerras de independencia en América y en España con un personaje de por medio, Calleja. Lo consigue sin exagerar el papel del individuo en los procesos históricos, usando el análisis biográfico como vínculo entre naciones y sin entretenerse demasiado en datos genealógicos, sino en el contexto familiar y en su primera formación en las armas. Ortiz presta extremo cuidado en cada concepto que utiliza, lo cual se traduce en un rico bagaje historiográfico. Desde el primer capítulo, el autor advierte la importancia de no perder de vista los puntos de referencia en su análisis del personaje, y es consciente de las mil caras del “ser histórico”, lo sabe y lo dice cuando habla del mismo Calleja en la dualidad de su naturaleza, pues «Calleja bien podría ser el padre del Ejército mexicano y, al mismo tiempo, el padre de la institucionalización de la violencia decimonónica desde el momento en que ordenó la militarización de la población civil para su autodefensa».

Ortiz nos muestra a un Félix María Calleja de origen noble pero pobre. Un joven privilegiado, quien desde el principio de su carrera fue ascendiendo gracias a su historia familiar, a su posición social y también, es cierto, respaldado siempre por sus propios méritos. Calleja aprendió de las derrotas y de las victorias, de cada error y cada acierto, de la más novedosa tecnología militar y, muy importante, de las estrechas relaciones con otros personajes formados en la milicia, quienes ocuparon cargos políticos que influyeron en su camino. En el *Calleja* de Ortiz vemos a un hombre conjurado en viajar por la inmensa Nueva España y sus fronteras septentrionales para conocer de primera mano la composición del Virreinato y la férrea defensa de sus fronteras, para alcanzar a entender la geografía, pero también a sus habitantes. Todo ello le dio las herramientas para discernir y penetrar en las peculiares dinámicas novohispanas, en las que los indios del norte, los “bárbaros”, tuvieron gran influencia. En este punto, yo misma cuestiono el hecho de que la región más afectada por el levantamiento de 1810 fue desde el siglo XVI una zona de frontera en la que perduraron ciertas tácticas de ataque y huida de aquellos mismos indios en guerra. En su libro, de forma exquisita Juan Ortiz nos sumerge en la historia de los pueblos americanos que fascinaron a ese hombre nativo de Medina del Campo y nos da información del estado de las cosas a finales del siglo XVIII. Con ello, sumerge al lector en la comprensión del contexto, en los aspectos fundamentales desde la visión de aquel militar que llegaría a ser gober-

nante de esas mismas tierras. En este sentido, Juan Ortiz acompaña al lector en el recorrido que hizo Calleja ilustrándole con una pluralidad de mapas del territorio novohispano.

Es de destacar la experiencia de nuestro militar en su paso por Andalucía. Así Calleja aprendió muy bien el modelo militar que luego le sería de gran utilidad en la Nueva España para atacar a «bandidos, contrabandistas y malvivientes». Esta etapa, posiblemente, afectaría su visión como ilustrado sobre los habitantes de los reinos americanos en el siglo XVIII, en particular sobre los indios «pusilánimes», «cobardes», «cruales» y «vengativos». Aun así, Calleja es un ejemplo del modelo del reformista español de la segunda mitad del siglo XVIII, ya sea como proyectista, como informante secreto o como estadista, dueño de una cautivadora narrativa, como la del mismo Ortiz, quien logra que siguiendo al protagonista vayamos también detrás de las pistas de todos los cambios del reformismo ilustrado, de los planes del segundo Conde de Revillagigedo y de las repercusiones de sus acciones en el siglo XIX.

El retrato de lo acontecido en la región de Colotlán, una de las mejor conocidas por Calleja, es importante en el libro. Ortiz nos enseña que la estrategia *callejista* de llevar tropas como forma de intimidación contra los indios funcionó para otros lugares. No obstante, quizá, habría que probar si también aconteció siglos atrás. Este aspecto nos parece relevante, pues es una de las tesis de Ortiz. Así el autor nos señala que la utilización de la violencia no fue solo una vía de «pacificación», sino también una forma en que la Corona logró una representación ante esos mismos indios encaminada a una imposición y estabilización del orden entre la población.

Y tras el militar, Ortiz abre la investigación al Calleja especulador de bienes raíces, sobre todo a partir de la implementación de la Consolidación de Vales Reales. Una carrera alterna de la cual no se alejó nunca, lo mismo que de su joven esposa Francisca de Gándara. Es por eso que el “botín de guerra” de Calleja, como se adelanta ya, no consistió únicamente en el expolio de la rebelión de 1810, sino en primer lugar en las ganancias a raíz de la tardía guerra de pacificación y el control de los territorios españoles en América, unido a la defensa de las pujantes vecinas colonias angloamericanas.

Calleja sabía muy bien como reformista ilustrado que las estrategias y prácticas de la Corona –cargas fiscales, restricciones al comercio y monopolio sobre puestos administrativos– estaban pisando el pantanoso terreno del descontento de la población, pero también entendía que las consecuencias debían medirse en varios sentidos y que un nuevo orden no implicaría sólo ventajas y beneficios. Como experto militar y amplio conocedor de la antigua frontera del norte, desde la Nueva Galicia hasta Veracruz Calleja consideró los perjuicios a mediano y largo plazo.

Otro de los aspectos interesantes del libro, es que nos brinda la narración del bando realista, sin duda necesaria, del mismo modo que se hace con las acciones mili-

tares insurgentes. A diferencia de los insurrectos, Calleja comenzó formando, aunque fuera mínimamente, a quienes se incorporaron a las filas realistas, al tiempo que los insurgentes reclutaban a la “plebe”. En este sentido, esta investigación muestra cómo el militar español había conseguido aproximarse a las dinámicas sociales que se escondían detrás de la rebelión e intuyó el cambio de bando según sus intereses familiares o de subsistencia. Era la guerra. Una guerra que afectó directamente a la población. Fue por ello que se siguió el primer esquema para contrarrestar el avance insurgente: el terror, las ejecuciones, el reemplazo de autoridades, los indultos y los castigos ejemplares, igual para las operaciones militares que para las políticas. Aún con la desventaja numérica encima, pero con el aparato militar de su lado, optó por armar a la población, acción que había postergado pero que era inevitable. Lo hizo de la mano de un proyecto que le sustentara, como reformista ilustrado que era, poniendo en marcha el “Reglamento político-militar”, el cual implicó grandes retos en ambos sentidos para el estratega, por la falta de confianza en quienes le rodeaban y las mismas condiciones que una guerra irregular impone.

Después de haber estado bajo el mando de cinco virreyes, Calleja se alejó del campo de batalla porque consideró que su lugar debía estar en el campo de la política, pero de la política militar. El panorama con el que se encontró Calleja tras su llegada al gobierno de la Nueva España fue completamente desolador. La guerra le otorgó un lugar privilegiado en la Ciudad de México, desde la que sufrió pero también gozó sus efectos. La capital, a la que había llegado después de todo su esfuerzo, fue la misma que logró se le confiriera posteriormente el título de Conde de Calderón. Ya virrey, Calleja procedió a llevar a cabo su plan de unir a españoles y americanos en la obediencia al gobierno; poner en marcha su plan militar de agrupar bajo un solo mando a las tropas; hacer circular el reglamento político-militar y económico; programar adecuadamente el camino que debían seguir las tropas de apoyo recién llegadas a territorio novohispano; y fortificar los caminos para proteger las vías comerciales y de tránsito.

Las decisiones políticas de Félix María Calleja incluyeron la implementación de las medidas de la Constitución de Cádiz, lo cual implicaba la ventana hacia una mayor autonomía de los gobiernos locales. Entendió los alcances de las modificaciones institucionales, y en muy poco tiempo se había alejado de aquellos pilares en los cuales se había sostenido el Antiguo Régimen. El peso de estas determinaciones no recayó en él únicamente, sino con la asesoría de prestigiosos abogados. Esto le permitió conservar las prerrogativas sobre la Real Audiencia, la Real Hacienda, el Tribunal de Minería y el Consulado de Comercio, aduciendo el estado de guerra generalizado. También logró mantener el control territorial torciendo hasta donde le fuera posible las confusas instrucciones de las Cortes. Este aferrarse a la jerarquía vertical de gobierno le costó mucho más esfuerzo que todas sus campañas militares, porque en el campo de batalla po-

lítico se estaba quedando sin apoyo para el ejército que debía acabar con la rebelión, a la vez que defenderse del avance del vecino del norte. Este fue el reto del virrey Calleja, del cual poco se había tratado. El plan inicial de acabar con el levantamiento armado que dio inicio en 1810 nunca se le fue de la mente, lo mantuvo en pie hasta el final, porque esa era su empresa última y de esa manera había llegado hasta el poder virreinal.

Confieso que en este momento de la lectura me pregunté en qué momento Juan Ortiz cuestionaría la exitosa “pacificación” de la rebelión de la que tanto se enorgulleció Calleja. El momento llega cuando el autor expone el poco control real y las verdaderas dificultades para gobernar que tuvo como virrey. Sin embargo, con mucha fineza deja que sean sus principales detractores quienes lo hagan, en especial las acusaciones del Obispo Abad y Queipo. Estas siguen siendo elocuentes en su crítica para llegar a ocupar el puesto de virrey y en su deficiente gobierno, si bien Ortiz suma a ellas la voz de otros personajes que se sumaron a las denuncias contra el militar y virrey. Y digo fineza porque vamos haciendo un recorrido por la vida y obra de Félix María Calleja, pero sobre todo por el curso de la guerra, y con ello Juan Ortiz alcanza el objetivo de la historia biográfica.

En el último apartado, Juan Ortiz deja ver la edificante pero ardua tarea de adentrarse en las fuentes de origen valenciano y en el estudio de la propiedad y de la fiscalidad en dicho territorio desde antes del siglo XIX. Lo que le esperaba en la Península Ibérica a Calleja fue completamente opuesto a lo que vivió en la Nueva España durante más de veinte años: un periodo de inactividad, la pérdida del poder político y, peor aún, ofensas a su investidura. Era una España distinta a la que había dejado años atrás. Si en la Ciudad de México algunos notables se ensañaron con Calleja fue porque uno de sus abusos más grandes fue dejar una escuela de represión y castigos contra la población, algo que tuvo su reflejo en las acciones de Ciriaco de Llano y Agustín de Iturbide, por ejemplo. Pero si en Valencia volvió a padecer esa intolerancia fue porque su oportunismo no podía sino ser rechazado, ya que aquella fortuna que consiguió gracias al botín de guerra, no sólo la de independencia, sino también las de frontera y contra los indios, sólo podía sentar mal a aquellos importantes propietarios españoles.

Aunque no queda completamente trazado el papel de Francisca de la Gándara, la esposa de Calleja, está claro que fue pieza clave para su posicionamiento en Valencia y el fuerte incremento de su riqueza en la Península. Lo que sí está claro es el apoyo de la familia de Francisca a través de José Berenguer, quien lo introdujo en el tema de las propiedades en tierras valencianas. Precisamente, sobre el punto anterior, es de subrayar la novedosa y complicada labor documental de Juan Ortiz sobre el destino de la fortuna de Calleja en Valencia. La del autor fue una tarea realizada durante años y que sin dudarle reditúa para este texto, pero que continuará dando frutos, puesto que

los listados de propiedades, objetos y deudores son invaluable para quienes desde la historia política, económica o social tomarán a Calleja y su familia como caso de estudio en la historia de Valencia. Es indiscutible que los investigadores del Trienio Liberal echarán mano del regreso de Calleja como oficial fiel a la monarquía. De igual modo, las observaciones de Ortiz abonarán los estudios de los grandes latifundios valencianos del siglo XIX.

El autor remarca finalmente la importancia de la *guerra* como categoría de análisis para la historia y se posiciona de manera vehemente a favor de su estudio frente al de los *procesos revolucionarios*, que pareciera que dejan de lado la parte militar y la parte sanguinaria del enfrentamiento armado. Con fortuna seremos capaces de usarlas sin perder de vista una de la otra y así llegar a crear nuevas categorías explicativas para el infortunio de esas guerras que marcan la historia del mundo en el siglo XIX.